

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LA NOVENA.

DE LA ESPERANZA DE MARIA SANTISIMA.

La virtud de la Esperanza es la que dulcifica y suaviza los trabajos y tribulaciones.

*Mihi autem adhaerere Deo bonum est:
ponere in Domino Deo spem meam.*

Mi bien consiste en estar unido á Dios:
el poner en el Señor Dios mi esperanza.
Ps. LXXII, v. 28.

*Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris,
et agnitiois, et sanctæ spei.*

Yo soy la Madre del Amor Hermoso y del temor y de la ciencia y de la Santa Esperanza.

Eccli. cap. XIV, v. 24.

No hay, señores, cosa mas cierta, mas probada, y mas confirmada por la razon, que la existencia de un Dios Omnipotente, perfectísimo en sus divinos atributos, criador y conservador de cuanto tiene existencia. La divinidad es un objeto imperceptible al entendimiento, el hombre es muy limitado para llegar á formarse una idea perfecta de Dios: empero sin ne-

cesidad de detenerse en investigaciones, no tiene mas que contemplarse á sí mismo, y tender despues su vista por el hermoso mapa de la naturaleza, para humillarse y reconociendo su miseria, adorar rostro en tierra á Aquel que es mas antiguo que los dias, que está presente á todas las cosas, y cuya Providencia gobierna el universo en peso, número y medida. No es necesario que contemplemos el sábio mecanismo que constituye nuestra existencia, ni hagamos un sério y detenido exámen de las innumerables partes que forman nuestro cuerpo. El menos versado en las ciencias, el hombre mas estúpido é ignorante, considera que tiene su origen de otro hombre que le engendró en el orden natural, y viendo esto mismo en su padre y demas ascendientes, vendrá á dar en un primer viviente que no tuvo padre natural y se preguntará: ¿Quién formó á este primer hombre? ¿Quién le dotó del alma racional y del don del pensamiento y la palabra? ¿Quién arregló su máquina de un modo tan admirable? Estas sencillas reflexiones que como he dicho están al alcance del mas limitado entendimiento, hacen necesariamente venir al conocimiento de una primera causa que todo lo produjo, de un Dios que existe por sí mismo.

Si de aquí pasamos á contemplar el hermoso y brillante cuadro de la naturaleza, no podremos menos de cantar con el Profeta de los Salmos, la grandeza del Hacedor, y confesar que los cielos y las obras de las divinas manos narran con lenguaje mudo pero elocuente la gloria de Dios. Fijad vuestra vista en el Rey de los astros; contemplad su magnitud, el orden admirable de su marcha, su uniformidad en el mayor ó menor influjo que sus rayos tendrán sobre la tierra,

coadyuvando de este modo al curso de las estaciones; observad los demas astros... ¿Pero qué digo? El grano de trigo, que tirado en la tierra se descompone, y produce una espiga llena de nuevos granos para dar alimento al hombre, la reproduccion de las plantas, la abundancia de frutos que nos producen los árboles, ese mar dilatado que no traspasa los límites que tiene señalados, esa multitud de peces, y la diversidad de aves que atraviesan los aires, ¿no es todo una prueba de la existencia de Dios? Cayeron, es verdad, en mil errores los filósofos de todos los siglos, y no faltaron, aunque en escasísimo número, quien negase verdad tan demostrada, porque á ellos no les acomodaba que Dios existiese. Vanini, Espinosa y sus secuaces quedaron confundidos no encontrando seguidores de sus monstruosas opiniones. En ninguna edad hase visto un pueblo de ateos. Los mismos filósofos de la antigüedad se sujetaron en esta parte al conocimiento de la verdad. Ciceron queda admirado al contemplar la estructura de los cielos y cree ser la mayor estupidez el no reconocer la existencia de un Dios (1) y Séneca á vista de la creencia de todas las naciones y aun de las mas abandonadas y bárbaras, hace la propia confesion (2).

De este conocimiento de Dios nació en todos tiempos la virtud de la esperanza practicada por los justos de ambos Testamentos. Un Dios no justiciero no lo puede concebir el entendimiento: Dios es justicia, es bondad, es omnipotencia, es omnisciencia, es providencia. Si el justo sufre, si el impío goza, si la tierra recibe abundantes lluvias, si muestra su esterilidad por

(1) Cicer. Tuscul. v. 70.

(2) Séneca. Ep. 117.

la escasez de agua, todo es Providencia; de sus manos penden los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas (1). Por esta razon el varon justo y temeroso de Dios, cuando se vé afligido por la escasez, por la enfermedad, por la calumnia ó por cualquier otro motivo, ni cae en el extremo de la desesperacion ni espera de las criaturas el remedio, sino de solo Dios, á quien no puede menos de ser muy grata esta confianza. De la virtud de la esperanza, debemos hablar en esta tarde. Nuestra vista se fijará en el hermoso modelo que nos hemos propuesto imitar. María Santísima cuyo culto y veneracion nos reúne estos nueve dias en el templo, nos enseñó ayer con su ejemplo á practicar la virtud de la fé. Mostrándonos hoy su Esperanza, nos hará conocer que *esta virtud es la que dulcifica y suaviza los trabajos y tribulaciones*. Recibiendo con docilidad estas sublimes lecciones exclamaremos despues así en la prosperidad como en la adversidad: *Mihi autem adhærere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam*. Mi bien consiste en estar unido á Dios; en poner en el Señor Dios mi Esperanza. ¿Y con cuanta atencion no deberemos escuchar esta sublime enseñanza de María, cuando ella misma nos dice que es la Madre de la santa Esperanza?

En vos solo ¡oh Dios de bondad! en vos solo ponemos toda nuestra confianza, porque conocemos que sois el dispensador de la divina gracia. Haced, pues, que el recuerdo de la esperanza que en vos tuvo la que elegisteis por vuestra Madre, nos aliente á sufrir con resignacion los trabajos que os digneis enviarnos, haciendo que crezcamos cada dia en la posesion de

(1) Eccli. cap. II, v. 14.

esta virtud sobrenatural, y para que yo pueda instruir dignamente á mis oyentes, dignaos comunicarme vuestros especiales auxilios, gracia que os ruego por la poderosa mediacion de la Madre del Amor Hermoso y de la Santa Esperanza, á la cual saludamos reverentes con las mismas palabras con que la saludara el Arcángel San Gabriel. *Ave María.*

PARTE UNICA.

El encontrar la felicidad podemos decir que es un deseo como innato en el hombre; desde que entra en el uso de la razon, todas sus aspiraciones redúcense á rodearse de felicidad. Muchos filósofos paganos disputaron ó reflexionaron de diverso modo sobre el medio de encontrarla. Empero todos ellos erraron, puesto que ya fundándola en las riquezas, ya en los placeres, ora en las dignidades, ora en la posesion de una salud robusta, siempre querian encontrarla en la tierra, siempre pretendian verla en el mundo. ¡En el mundo!... ¿Y qué es, hermanos míos, el mundo que habitamos? ¿Acaso un hermoso Paraiso, un delicioso jardin donde el hombre vivirá para siempre sin enfermedades, sin afliccion, sin necesidades? ¡Qué delirio! El mundo no es otra cosa que un valle de lágrimas y de miserias, donde la tribulacion, la angustia, la desgracia cercan al hombre. Posee muchas riquezas, y está espuesto á perderlas en un momento. Ocupa los mas elevados puestos, y al otro dia puede verse sin fortuna y sin amigos en la expatriacion. Ama entrañablemente á una madre, á un hijo, á una esposa, y la muerte le arrebatara al objeto de sus caricias: y sin esto el hombre inícuo, el ladron, el asesino

nos rodean por todas partes. ¡Cuántas desgracias! ¡Qué cúmulo de aflicciones! ¡Qué innumerables sinsabores! En todas partes se escucha el llanto y el gemido. Aquí una infeliz viuda gime inconsolable la pérdida de su esposo y el desamparo en que quedó: allí un desgraciado huérfano implora la caridad, por no tener con qué alimentarse ni con qué cubrir sus carnes. En esta parte oireis lamentarse á un menor, á quien la mala fé y la iniquidad de un tutor redujo á la miseria. En otra á un comerciante que se queja amargamente de la suerte, porque perdió en cuatro dias lo que habia juntado en muchos años de afanes y fatigas. Y á vista de este verdadero cuadro que nos presenta la sociedad, ¿habrá quien tenga la loca pretension de buscar en ella la felicidad? ¡Ah! que en vano se cansarán los que tal pretendan. Nuestra felicidad está en el cielo: no se puede llegar á poseerla, hasta haber pasado por el sepulcro. Esta felicidad que el Señor ofrece, y por la que suspiraron los justos de todos los siglos, es la recompensa de la virtud, y sin embargo el hombre desea la felicidad, sin entretenerse en practicar el bien, en ejercitar las virtudes. ¡Qué desvarío! ¿Y por qué esta conducta? No es otra la causa sino porque falta la esperanza. ¿Quién hizo sufrir con resignacion las tribulaciones y las mayores aflicciones á los justos que en ellas se gloriaron? La esperanza en la recompensa eterna.

La esperanza es una virtud sobrenatural, que nos hace esperar la gloria mediante la gracia de Dios y nuestras buenas obras. En el Testamento Antigo se nos habla de Job, de ese varon pacientísimo que habiendo perdido sus inmensas riquezas, fué abismado en las mayores miserias internas y externas, con que

fué ejercitado por espacio de muchos meses. El no obstante las reflexiones de sus amigos que querian persuadirle que su estado era castigo de Dios por algunos grandes crímenes que habria ejecutado, conocia que no era así, porque siempre habia vivido en el temor de Dios, sin apartarse un momento del cumplimiento de sus deberes, y recibia tantas desgracias y moraba sin repugnancia en el estercolero, porque su paciencia heroica era animada por su ardiente esperanza. Oid como se espresa despues que ha acusado á sus amigos de crueldad, y de esponer lo acerbo de sus aflicciones y el desamparo en que se encuentra. «Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi propia carne veré á mi Dios (1).» ¡ Ah! ¡ cuánto aminora y suaviza nuestras aflicciones la virtud santa de la esperanza! Empero, ¿qué necesidad tendremos de buscar héroes de esta virtud en las páginas del Testamento Antiguo, cuando tenemos presente á la hermosa heroína María, que la practicó de un modo tan singular?

Tan encadenadas están entre sí las virtudes todas, que es imposible poseer una sin las otras. La esperanza no puede existir por sí sola sin el auxilio de la fé y de la caridad. Discurriendo ayer sobre la fé de la Santísima Virgen, la consideramos en su Presentacion al templo. Dijimos que su fé viva y eficaz la habia conducido á aquel lugar para entregarse en él á su Dios, libre de las distracciones del mundo. Ahora bien, esta misma heroica accion de ofrecer á Dios su

(1) Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum; et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. Job. cap. XIX, v. 25 y 26.

virginidad en un tiempo en que se miraba la esterilidad como una deshonra, nos muestra claramente cual fué su esperanza. Si ella no hubiese esperado una recompensa eterna, conociendo que su sacrificio era aceptable á los ojos de Dios, no hubiese hecho un acto tan criticable en sus dias. ¿Pero qué podia importar á María cuanto el mundo pudiera pensar, si poniendo toda su confianza en Dios, esperaba en él únicamente? Ojalá que este proceder de la Santísima Virgen sirviese de modelo á muchos cristianos tímidos y cobardes, que dejan de practicar á veces los actos de piedad y religion, á que se ven movidos, por evitar la critica de otros. ¿Por ventura, preguntaré yo á esos insensatos, pueden labrar vuestra suerte esos de cuyas miradas os escondeis para practicar el bien? ¿Son ellos los que os han de salvar? ¿Pues por qué seguís aunque sea aparentemente sus ideas? ¡ Ah! porque careceis de esperanza, pues que si poseyéseis esta virtud, entonces sin parar mientes en los dichos y mofas de los mundanos, obraríais en justicia para merecer la recompensa eterna, que Dios tiene ofrecida á los que esperan y confían en su bondad infinita.

Decidme, ¿me tendreis por exagerado, si yo os aseguro que en mucha ó la mayor parte de los cristianos no existe la virtud de la esperanza? Por desgracia esta es una verdad desconsoladora. Vese el hombre en un estado de fortuna la mas brillante, posee cuantiosos bienes, se rodea de hijos á quienes ama cariñosamente, y entonces confía en Dios, dice que pone en él toda su esperanza; está contento con su suerte. Nada mas natural. Desea poseer dos glorias. Observable despues, cuando la fortuna le ha sido adversa, cuando ha visto desaparecer sus bienes, ó bien cuando

una larga y penosa enfermedad le tiene postrado en el lecho del dolor. ¿Dónde están en estos casos esos hombres fuertes en la fé y ardientes en la esperanza, que se conformen gustosos á la voluntad de Dios, que esclamen llenos de confianza con el paciente Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á la tierra: el Señor lo dió, el Señor lo quitó; como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor (1)?» ¿Dónde están esos cristianos que bendigan al Hacedor en sus mayores tribulaciones? Desgraciadamente, mis hermanos, el que no maldice y se desespera, murmura de la Providencia por los trabajos que le envía. ¿Y esto es un proceder cristiano? ¿Y el que de tal modo obra dirá que practica la virtud de la esperanza?

Vamos á observar á la Santísima Vírgen en sus mayores conflictos: vamos á verla en la tribulacion, y en su ejemplo aprenderemos si somos dóciles á tener confianza y poner nuestra esperanza en Dios. El gran misterio de la Encarnacion del divino Verbo se habia efectuado: María sin dejar de ser Vírgen, tenia en sus entrañas al que venia para redimir al mundo, y el patriarca José, esposo de María, estaba agitado y sobresaltado al conocer la preñez de su esposa, á quien jamás habia conocido segun la carne, y como quiera que ignorase el prodigio de la Encarnacion, habia resuelto abandonarla, no atreviéndose á decirla una sola palabra que la ofendiese, pues á pesar de las señales que advertia conocia su santidad y pureza. María conoce la agitacion y turbacion de su esposo, y

(1) Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus revertar illud: Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum. Job. cap. 1, v. 21.

luchan en su corazon las virtudes. Para tranquilizarle parece debia hacerle sabedor del misterio, pero se opondrá un obstáculo fuertísimo, y este obstáculo es su humildad. Declarar á José la obra del Espíritu Santo era hacerle sabedor de que habia sido encontrada digna entre millares para dignidad tan elevada. Su humildad no la permite pronunciar palabra que ceda en su alabanza. Si por otra parte calla, sigue dando motivos al esposo para que sospeche de su honra. ¿Qué partido tomará en este caso? Admiraos, señores: toma el partido de callar, y poniéndolo todo en las manos de Dios, espera con tranquilidad y confianza que defienda su honra y desengañe á San José. Ni un lamento, ni una queja, ni un suspiro que denotara la afliccion de su corazon salió de sus lábios. Con razon, pues, la llama la Iglesia Madre de la Santa Esperanza, aplicándole las espresiones del eclesiástico, *Mater sanctae spei*. El premio de este acto de virtud no se hizo esperar, toda vez que un ángel por mandado de Dios apareció á José revelándole el misterio, y volviendo la alegría y el gozo á su afligido corazon (1).

Y en los momentos de mayor afliccion, cuando sabe que su divino Hijo es objeto de la mas cruel persecucion por parte de Herodes, y avisada por José se ve precisada á huir en compañía del esposo y llevando en sus brazos al tierno Infante, á pesar de que esta partida para Egipto era un dolor que atravesaba su maternal corazon, ¿qué queja profirió? ¿Qué lamentos salieron de sus purísimos lábios? Ella se veia sin dinero, sin provisiones, sin ninguna de aquellas cosas que son necesarias para emprender un largo viaje, y

(1) Math. cap. 1, v. 19 y 20.